

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, febrero de 1954

Núm. 1020

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA VOZ DEL HIJO

EL primer día que apareció por mi catecismo, Juanito tenía ya ocho años, y en una cara nada limpia, tostada por el sol y el polvo de la calle, donde se pasaba todo el día, le brillaban dos ojos de vivísima expresión.

Bastaba verle para juzgarle: era un ternero sin domar.

Entre curioso y despectivo, cuando traspasó la puerta de la sacristía recorrió con su mirada los tres grupos de niños que por orden de edades estaban sentados alrededor de cada catequista.

—Oiga usted—me decía el chico que había logrado hacer venir a Juanito, mientras le señalaba con el dedo descaradamente—: éste no ha hecho la Primera Comunión.

—Su padre no va a Misa—me dijo otro de los muchachos en voz alta, como si quisiera darme una noticia confidencial.

Mandé a Juanito acercarse, le inspiré confianza, le hice que se sentara en el grupo de los pequeños, con el propósito de hablarle después a solas y saber quién era su padre y por qué no iba a Misa.

Cuando, a gritos, salían los rapaces de la iglesia y echaban a correr, detuve al Juanito de mi historia.

—Espera un poco, valiente, que en seguida irás con tus amigos. ¿Cómo te llamas?

—Juanito.

—Juanito, y ¿qué más?

—De Miguel.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho.

Y así, con cuatro preguntas y dos caramelos, se quedó conmigo y me contó cuanto me interesaba saber.

Que no tenía madre, que se murió cuando él era pequeño, que su abuela le ha enseñado algunas oraciones y nada más, que no lo enviaba al Catecismo ni a la Comunión porque no tiene ropa decente, y además que su padre no quiere nada "de eso"...

—Bien, Juanito; ya iré yo a hablar con tu abuelita.

Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos, casi espantados. Me pa-

reció adivinar su pensamiento, pero quise que él mismo me lo descubriera.

—¿Qué es eso? ¿No quieres que yo vaya a visitaros?

—Pero si le ve mi padre...

—¿Qué?

—Se enfadará mucho. Siempre suele decir que los curas tienen la culpa de todo.

—¿De qué todo?

—De todo... De que el pan está muy caro, y la casa también, y de que un tío que tenemos en la cárcel...

Le costaba hablar. No se atrevía a mirarme.

—Bien por Juanito; veo que siempre dices la verdad. No te apures, que si voy a tu casa, será cuando tu padre esté fuera para que no se disguste.

Conseguí ponerme en comunicación con su abuela, una buena mujer que llevaba con paciencia y en silencio la dolorosa cruz que le imponían el genio áspero y los odios mal disimulados de su hijo.

Jamás éste la permitía decir en su presencia una palabra de religión al niño, ni muchísimo menos enseñarle a rezar. Estaba convencida la pobre mujer de que Simón—así se llamaba el hombre—armaría un escándalo horrible si algún día sorprendiese a Juanito de rodillas o santiguándose.

Por eso, en un secreto absoluto, fuimos preparando al pequeño para la Primera Comunión. Juanito era listo y disimulaba muy bien.

La víspera del día feliz, su abuela le sentó a su lado, le dió las últimas instrucciones, le dijo que pidiese por su papá, quedándose luego con la gran esperanza de que el Señor había de agradarse en la petición del inocente.

En la mañana de la fiesta, mientras todos los niños del Catecismo estaban en la Parroquia, Juanito estaba en su casa como todos los demás domingos donde su padre le viera bien. El mismo Simón, a un amigo que le había preguntado si no enviaba a su hijo a la Primera Comunión, le había respondido:

—Antes quisiera verle muerto.

¡Pobre Simón, Dios le tomó la palabra! Pero fué para salvarle.

El lunes, mientras Simón trabajaba sin sospechar lo que habíamos tramado para aquella hora, Juanito se acercaba a recibir a Jesús Sacramentado, en una fiesta sencilla y emocionante.

—¡Qué él no se entere!—decía temerosa la abuela.

Y no se enteró Simón.

Pocas semanas después, noté que Juanito ya no venía al Catecismo furtivamente, como antes solía venir. Pregunté por él y me dijeron que estaba enfermo de gravedad. Me dijeron que también Simón parecía destrozado por la pena de perder a su hijo único tan guapo, tan simpático. Y que su anciana madre le había indicado algo de traer al Cura, y él le había replicado, fuera de sí por la ira y el dolor, que jamás permitiría entrarse un cura en su casa, ni para su hijo vivo, ni para su hijo muerto. La madre no tuvo más remedio que callar. Era imposible romper la vigilancia montada por Simón en el cuarto del enfermito.

Pocos días después me avisaron que el niño acababa de expirar. ¡Un ángel más al cielo!

Llega la hora del entierro, ¡y he aquí que tenemos un hermoso acto católico con la cruz alzada y los niños del Catecismo, que acompañaban los restos de su amiguito, conducidos en un ataúd blanco, adornado de flores!

¿Qué había ocurrido?

La abuela me lo contaba después, entre lágrimas de pena y de consuelo:

—Mire usted, yo veía que el pobre Juanito se nos iba; ¡y en toda la casa no había una cruz! Simón había jurado que jamás toleraría verla ante sus ojos. Al fin, tuvo que verla, señor... ¿Sabe usted dónde la vió? En su hijo moribundo. Sí, señor. Aquel momento que no se le olvidará nunca a mi pobre Simón. Estábamos los dos mirando al niño, que casi no podía respirar. Era un ahogo verle y oírle. En esto abrió aquellos ojos bonitos, miró a su padre de una manera que no sé decir; le miró, le miró muy hondo y le llamó muy bajito: "¡papá!" El hombre se le acercó lleno de pena y le miró para ver que quería, sin poderle decir ni una sola palabra. Entonces el niño, mirando siempre a su padre, sacó la mano derecha, se santiguó así... y se murió. ¡Dios mío, cómo se quedó Simón! Parecía una estatua de piedra. Mirando

muy fijo al pobre Juanito, viendo aquella cruz en su carita de angel... Después se incorporó y vino a hablarme. Tenía lágrimas en los ojos. Sin atreverse a mirarme, me dijo: "Madre, puede usted llamar al Cura, pueden enterrarle con la cruz... Todo lo que quieran..." Y su voz era la de antes, señor... la de antes de hacerse malo... ¡la voz de mi hijo!

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Ya esta Jesús de Nazaret recorriendo las tierras de Palestina. Ya va por todas partes levantando un clamor de admiración al escuchar sus palabras de amor y de aliento a los desheredados de la fortuna, a los azotados por el dolor, a los afligidos por las penas...

Sus palabras son escuchadas con alegría por todos los hombres de buena voluntad. Solo los perversos, los que llevan en sus entrañas el mal y de él no quieren separarse, los que faltan a todos los mandamientos y viven violando toda ley de justicia, sin reparar en el dolor y la miseria ajena, solo esos, no quieren saber nada de su doctrina por que nada quieren saber de amor al prójimo ni de tender la mano al necesario.

Las palabras de Jesús de Nazaret, caerán en su corazón como la simiente en árido surco.

Y otra vez, día a día, van nuestros predicadores recordando a todos, las palabras grandiosas de Jesús de Nazaret, que llegan a nosotros a través de los Santos Evangelios.

¿Qué aprovechamos nosotros de tan sabia y justa doctrina? Es posible que oigamos, también, admirados los puntos fundamentales de la misma, escuchando con entusiasmo el constante clamor que nos dice "ama al prójimo como a ti mismo", y es posible también, que resbale sobre nosotros la palabra de Dios, como el agua por encima de las piedras del arroyo.

Nuestro catolicismo ha de ser integral. Nuestra adhesión a la doctrina del Evangelio, completa. Nuestra sumisión a las autoridades eclesiástica, sin titubeos. Nosotros no podemos juzgar ni tampoco interpretar a nuestro gusto los preceptos evangelicos.

Cuando lleguen a nosotros las palabras del sacerdote que nos habla de nuestros deberes para con los demás hombres, de nuestra obligación como padres de familia, como esposos, como dueños de empresas, como autoridad, no pensemos en que aquellas palabras pueden ir muy bien dirigidas a nuestros amigos, compañeros, vecinos o personas competidoras nuestras en la vida social o económica. Pensemos, primero, si Dios no esta al oído del sacerdote que predica, y le va dictando lo que El quiere de nosotros.

Son muchas veces las que hemos

oído sus mandatos, sus consejos, sus palabras de afectos para con nosotros tratando de hacernos rectificar el mal que estamos haciendo.

Unas veces es el predicador que con palabra torpe o elegante, nos dice claramente donde está el error y donde el remedio a nuestro mal. Otras veces, es la salud que se desmorona, la muerte que visita nuestra casa, el amigo íntimo que se fué repentinamente al Tribunal de Dios, dejándonos en un mar de preocupaciones. No perdamos estas ocasiones que se nos presentan. Meditemos. Pensemos en la voz que llega a nosotros por muy variados caminos y que continuamente nos repite las palabras de Jesús de Nazaret cuando predicaba por los campos de Palestina.

Feliz es quien conoce la doctrina de Jesús de Nazaret y la practica íntegramente. Su vida es muy alegre, sus inquietudes mansas, sus dolores mitigados, su pobreza llevada con alegría.

En sus oídos suenan eternamente como un eco, las palabras de amor de Jesús de Nazaret en el Sermón de la Montaña.

Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón... por que de ellos es al reino de los cielos.

R.

La última misa

—Mi querido D. Jerónimo..., ¿cómo va eso?

—¡Vaya! - me contestó el venerable párroco, con una sonrisa heroicamente forzada y con el dulce meneo de cabeza de quien acata una cruz.

—¿Qué? ¿Por fin, mañana...?

—Si, mañana.

Marcela, la hermana de D. Jerónimo, nos dejó solos y salió de la habitación secándose una lágrima en el revés del delantal. No podía más. Y es que la cosa era tremendamente seria. El cáncer hepático, que hacía meses atormentaba a D. Jerónimo, había hecho tales progresos, que el desenlace se acercaba exacto y cruel. Pero este D. Jerónimo es de una correa... No hay modo de lograr que deje la Misa. El mejor día se nos cae muerto a la mitad.

Al fin, el pobre enfermo hubo de vencerse. Había llegado el día de su última misa, y quiso celebrarla con una solemnidad que fuese eco de la primera. Por eso aquella tarde, desde su sillón de vaqueta, con agitación de moribundo, pero con una energía que debía de venirle del cielo, traía en jaque a medio pueblo, para la preparación de la fiesta.

Entre otras razones, para eso fuí a verle: para que descansase un poquito, oyéndome leer el «Kempis».

Al despedirme, le dije:

—¿Con que a las diez, no?

—A las diez en punto,

I I

No espero sentir en mi vida mayor emo-

ción que la de aquella mañana. Hubo que abrir las puertas de la iglesia, porque las parroquias vecinas se habían despoblado para oír la última misa de D. Jerónimo a quien todos miraban como el patriarca espiritual del contorno.

Hundido en el sillón donde, por benignidad del Santo Padre, decía la Misa y, llevado en volandas, por cuatro sacerdotes del arciprestazgo, apareció el enfermo en la puerta de la Sacristía, mal arrebujado en los sagrados ornamentos: los mismos que cuarenta años antes le había hecho Marcela para la ordenación. Así, sentado junto a su altar portátil, entre el vago sollozar de los asistentes, comenzó la última Misa; «In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...»

A cada momento tenía que descansar porque se ahogaba. Como si fuese a la vez sacerdote y víctima. Como si de veras estuviese en el Calvario de su vida sacerdotal.

Mal que bien, pudo llegar a la comunión. Allí le esperaba una sorpresa dulce y cruel. Marcela quería comulgar, de su mano, por última vez, y se acercó al altar mentirosamente serena.

—¡Pero, hije!...—suspiró extralitúrgicamente D. Jerónimo, como quien patentizaba que sus fuerzas no daban para tanto. Pero no había sinó ceder, y en un llorar hondo y tranquilo, que no pudo enjugar, porque en la diestra tenía la forma, y en la siniestra el copón, dijo: «Corpus Domini nostri Jesu Cristi...»

A duras penas concluyó la Misa: y cuando los cuatro sacerdotes le iban a levantar en vilo, para volverle a la Sacristía, movió la cabeza y dijo:

—No. Todavía no. Quiero hablarles.

—Pero, D. Jerónimo, que no puede.

—Que sí. Mira, Miguel, yo lo digo bajo y tú lo repites.

—Ya verás.

Y D. Miguel, el joven coadjutor de la parroquia, fué haciendo de altavoz para transmitir a la muchedumbre, que oía en puro sollozo, el testamento de D. Jerónimo.

Yo me acordaba de aquella estampa del viejo evangelista de Efesa que sostenido en hombros ajenos, repetía: «Hijuelos míos amaos los unos a los otros». Porque a eso se reduce todo.

Al fin, también la voz de D. Miguel se iba haciendo temblona.

—Ahora ya está todo. Cuando queráis—dijo D. Jerónimo a sus compañeros.

Y sobre un mar de gemidos, avanzaba difícilmente la silla, no sé si como el entierro de un muerto en potencia, o como la sombra de un Pontífice que, desde la Gestatoria, bendijera a los fieles.

«Ahora ya está todo...» D. Jerónimo había dado a sus hijos el Cuerpo de Cristo la palabra de Cristo y el perdón de Cristo.

III

Cinco días duro no más. El sábado siguiente, Juanito, el monaguillo, subió a la torre para anunciar el entierro. Dicen que se equivocó de campana, y en vez de doblar con la «gorda», repicó con el esquiloncillo de gloria... como si se hubiese muerto un niño. Y al volver a casa, dijo a su madre:

—Mamá, yo quiero ir este Setiembre al Seminario... para ser como D. Jerónimo.

J. M. SARABIA, S. J.

CHURRUCA en TRAFALGAR

Desde que salimos de Cádiz, Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. El había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas y, además, confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo a su cuñado Apodaca: «Antes que rendir mi navío, lo he de volar o echar a pique. Este es el deber de los que sirven al rey y a la patria». El mismo día escribió a un amigo suyo diciéndole: «Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.

Ya se conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaron su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos. Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El 21, a las once de la mañana, mandó subir a cubierta a toda su tropa y marinería; hizo que se pusieran de rodillas, y dijo al capellán con solemne acento: «Cumpla usted, padre, con su ministerio, y absuelva a estos valientes que ignoran lo que les espera en el combate.» Concluida la ceremonia religiosa, les mandó poner en pié, y hablando en tono persuasivo y firme, exclamó: «—Hijos míos en nombre de Dios, prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes. ¡Si alguno faltase a ellos, le haré fusilar inmediatamente, y si escapase a mis miradas o las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado.»

Esta arenga, tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotación del *Nepomuceno*. ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vió con el mayor desagrado las primeras maniobras dispuestas por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que la Escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó el orden de batalla, manifestó a su segundo que ya consideraba perdida la acción con tan torpe estrategia. Desde luego comprendió el aventurado plan de Nelson, que consistía en cortar nuestra línea por el centro y retaguardia, envolviendo la Escuadra combinada y batiendo parcialmente sus buques, en tal disposición, que éstos no pudieran prestarse auxilio.

Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho, pero devolvien- do doble estrago a nuestros contrarios.

Entre tanto Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Comprendiendo que la destreza había de suplir a la fuerza, economizaba los tiros, y lo fiaba todo a la buena

puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. A todo atendía, todo lo disponía y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre, débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía nacido para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía a todos misterioso ardor. sólo con el rayo de su mirada.

Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar a un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fué él mismo a apuntar el cañón, y logró desarbolar al contrario. Volvía al alcázar de popa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte del muslo. Corrimos a socorrerlo, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aún me parece que siento bajo mi mano el violento palpar de un corazón que hasta en aquel instante terrible no latía sino por la patria. Su decaimiento físico fué rapidísimo: le vi esforzarse por erguir la cabeza, que se le inclinaba sobre el pecho; y le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó «Esto no es nada. Siga el fuego.»

Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas postreras palpitations se extinguían de segundo en segundo.

Tratamos de bajarle a la cámara; pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo a nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó a Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando.

Desde aquel momento, la tripulación se achicó; de gigante se convirtió en enano, desapareció el valor, y comprendimos que era indispensable rendirse. La consternación de que yo estaba poseído desde que recibí en mis brazos al héroe del *San Juan*, no me impidió observar el terrible efecto causado en los ánimos de todos por aquella desgracia. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido la tripulación, así se quedaron todos, helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida de hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendición.

La mitad de la gente estaba muerta o herida; la mayor parte de los cañones demantelados; la arboladura, excepto el palo trinquete, había caído, y el timón no funcionaba. En tan lamentable estado, aún se quiso hacer un esfuerzo para seguir al *Príncipe de Asturias*, que había izado la señal de retirada; pero el *Nepomuceno*, herido de muerte, no pudo gobernar en dirección alguna. Y a pesar de la ruina y destroz del buque, a pesar del desmayo de la tripulación, a pesar de concurrir en nuestro daño circunstancias tan desfavorables, ninguno de los seis navíos ingleses se atrevió a intentar el abordaje. Temía a nuestro navío, aun después de vencerlo.

Churruca, en el paroxismo de su agonía, mandó clavar la bandera y que no se rindiese el navío mientras él viviese... Dió las gracias a la tripulación por su heroico

comportamiento, y después de consagrar un recuerdo a su joven esposa y de elevar el pensamiento a Dios, cuyo nombre pronunciaron varias veces tenuemente sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes.

BENITO PÉREZ GALDÓS

LA CANDELERA

Estuvo la Virgen Madre recogida en cuarentena, como si ella hubiera sido una mujer cualesquiera. Cerraba las lupernales, y ya no habría más fiestas hasta que al Templo Ella fuese y nuevas fiestas abriera. Salió al paso un sacerdote y encontrándola en la puerta humilde y altiva a un tiempo, le dice de esta manera:

—¿Qué traes, Virgen Bendita?
¿Qué traes, Casta Doncella?
Traigo un Niño en el regazo
y en la mano una candela.
Quiero ofrecer este Niño
y entregáros esta oferta

Quedó el sacerdote atónito
ante mañana respuesta,
cayéndose de rodillas
absorto por la sorpresa.

—Entra en tu casa, María;
en casa de tu Hijo entra,
que Tú, siendo pura, nunca
purificarte pudieras,
más a todos purificas
tan solo con tu presencia.
Y porque cunda el ejemplo
de tu humildad, como estrella
brillante, hasta el fin del mundo
ha de alumbrar tu candela.

Van veinte siglos corridos,
y aún vemos brillar encesa,
como lámpara votiva,
la luz de aquella candela.

Hermenegildo Rodríguez

CONSEJOS

Los IMPETUOSOS

Calma, calma y no precipitarse nunca. No deben de tomarse determinaciones en aquellos momentos en que la calma no reside en nuestro corazón. Es preciso, entonces, esperar a que pasen, unas horas y mucho mejor algunos días. Las resoluciones precipitadas no suelen ser ni muy justas, ni tampoco a nuestra plena satisfacción en los días siguientes. Luego nos arrepentimos cuando es ya demasiado tarde.

Por eso no debemos de precipitarnos en tomar resoluciones sin meditarlas varios días, sobre todo, si estas son de trascendencia. Lo que se hace precipitadamente no suele salir bien.

En los castigos a nuestros inferiores, sean hijos, discípulos o personal a nuestras órdenes, debe de presidir siempre una gran serenidad de ánimo en los mismos. Es preciso oír sus explicaciones, meditarlas con tranquilidad, esperar a calmar nuestros ánimos excitados por lo que pareció indisciplina, falta de cuidado o mal comporta-

miento, pues pudiera haber error en la apreciación momentánea de los hechos, o explicación suficiente que los justifique y si aplicamos el castigo o la corrección precipitadamente, los efectos pueden ser desastrosos, desmoralizadores y contrarios por completo al principio de autoridad que representamos.

Es cierto, que a veces, la intranquila espera del hijo que no llega con puntualidad a su casa, o la falta claramente aparente de disciplina en la clase o también la queja destemplada o violenta del subordinado, puede motivar en nosotros un estado de ánimo anormal, intranquilo, incómodo que nos obliga instintivamente a realizar un acto de fuerte autoridad; pero es entonces cuando necesitamos mayor dominio de nosotros mismos para no perder la serenidad y poder apreciar, sin precipitación, los hechos para juzgarlos desapasionadamente con objeto de que el castigo, si fuese necesario, no sea proporcionado.

Calma, calma y no precipitarse. La pasión es siempre mala consejera.

J. M.

Comentando

El extraño caso de la maleta

El título de este artículo, más parece el de una novela policiaca, que el del relato triste de un caso de locura. Esta enfermedad, totalmente extendida por los ambitos terrestres, aunque solo reconocida en aquellos casos que se distinguen de los propios, muchas, muchísimas veces, tiene su origen en estados de conciencia claramente definidos como remordimientos. Y este es el caso de nuestro héroe de hoy.

Hombre inteligente y trabajador, empleó todas sus facultades y energías, durante los tiempos malos, en negociar con el bienestar de sus semejantes, metido hasta la coronilla en todos los negocios, por expuestos que fuesen, que diesen el dinero a espuestas. El oro le tentó, el oro le venció y el oro le enloqueció.

Sorteó toda clase de peligros, y supo librarse ladinamente de toda clase de inconvenientes, y en esta situación de conciencia dormida. Llegó el tiempo para él malo y para los demás bueno, en el que el estraperlo se hizo innecesario, y el hombre ya en la calma de su desahogada posición improvisada, pudo pensar, sin la ceguera del oro, en el inmenso perjuicio que en sus especulaciones hacía injustamente a los demás, y su conciencia le gritó exigente, y en su mente veía claramente marcado el estigma del pecado, y la ruta de devoluciones que podría devolverle la tranquilidad.

La lucha, fué gigantesca. Si devolvía, la tranquilidad volvería a su vida. Si no, la conciencia seguiría su ronroneo incesante que, le hacía imposible la vida. Es más, la devolución de lo adquirido por tales procedimientos, le garantizaba solo un bienestar de pocos días, pues se quedaría sin recursos, y la vida difícil se le presentaría inexorable y llena de penurias.

Remordimientos y pesares dieron al tras con su inteligencia, y a ratos, se sintió lleno de incongruencias y contradicciones, que le hacían ser, unas veces un personaje pacífico y otras un ser excitado por extravagantes impertinencias.

Yo le veía pasar todos los días frente a mis balcones, primero en dirección al parque, y después en dirección opuesta, quizás en busca del remanso de su domicilio. Y siempre portando un grueso y vetusto maletín, lleno de remiendos de papel que anunciaban el paso por diferentes hoteles de España.

Y un buen día, le paré y le interrogué lleno de curiosidad.

Tenía momentos de locura y momentos de lucidez, y él, para mayor desgracia, se

percataba totalmente de su situación. Me confesó toda su vida, sus vicisitudes, sus especulaciones pecaminosas y sus arrepenimientos y vacilaciones, y el estado anormal que el resquemor de su conciencia tardamente despertada, había dejado en su ánimo.

—¿Qué llevas en tu maletín?—Le pregunté.

—Nada.—Me contestó.—Acostumbrado en época de prevaricaciones a llevarlo vacío hasta cierto punto, para allí cargarlo de oprobios, a costa de la salud y el bienestar de mis hermanos, hoy, cuando la razón se transtorna, quiero ir a recoger aquél asqueroso fruto, cojo mi maletín, como tantas otras veces, y me voy. El cansancio, rinde mi cuerpo y frena mi locura, y a mitad de camino, ya pasado el estado anormal, me siento a descansar, agotado y maltrecho, en un banco del Parque. Después, con la vergüenza en el rostro, como una penitencia inacabable, no tengo más remedio que llevar, con entera cordura, mi maletín para casa, en espera, quizás, de la nueva alteración de mis nervios, al día siguiente, que me harán repetir la misma operación. ¡Y así estaré mientras Dios no se apiade de mí, expiando mis culpas!...

Respetemos su dolor, y hagamos aquí punto final.

HERO.

César A. Prieto PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

JOYERÍA-PLATERÍA-BELOJERÍA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

ANTIGUA FUNERARIA
-- DE --

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)